

Necrologías

Por V. A. D.

Da. Silveria R. de Rodríguez Demorizi

El fallecimiento de la distinguida señora doña Silveria Rodríguez Castellanos, la digna esposa del licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, constituyó para esta Institución una sensible pérdida y para sus miembros un motivo de hondo duelo.

Hija del Licenciado Cayetano Armando Rodríguez Aybar, abogado, geógrafo, político, miembro fundador de la Academia, y de su esposa doña Carlota Castellanos y Torres, natural de Cuba, desde muy temprana edad se interesó devotamente por las disciplinas intelectuales de su padre, de quien puede decirse que fue auxiliar, como lo fue luego y muy eficazmente de su esposo, a quien ayudó no sólo en los menesteres editoriales sino también en la clasificación y organización de las fuentes documentales de su producción bibliográfica, sin disputa la más extensa realizada hasta ahora por un autor dominicano.

Ella también produjo obras de buena investigación en forma de seminarios sobre folklore y filología cuando como alumna distinguida de la Universidad de Santo Domingo, figuraba como estudiante de la Facultad de Filosofía, en la cual se recibió de Licenciada el 25 de febrero de 1945, en cuya investidura tuvo como padrino a quien desde 1935 era su esposo, con quien encendió su hogar en el cual la paz y confraternidad eran el fruto de dos almas de selección.



En forma de libro solamente dio a la estampa un ensayo acerca de *Salomé Ureña de Henríquez*, publicado en Buenos Aires, Argentina (Imprenta López), en 1944, en un folleto de 45 páginas, escrito a solicitud de la Unión Panamericana de Washington, en cuyo Boletín apareció por primera vez, trabajo que ha sido justicieramente considerado como uno de los mejores que se han escrito acerca de la insigne poetisa y educadora dominicana.

A su devoción, paciencia y cuidado se debe la organización de una importantísima obra que acerca de los *Restos de Colón* dejó inédita, en lamentable y angustiosa dispersión, en fojas sin paginación y sin orden correlativo, el sapiente historiador franciscano fray Cipriano de Utrera, de insigne memoria, obra que puede constituir la conclusión del debatido tema de la veracidad del hallazgo de los mortales despojos del Descubridor de América, controversia que en el presente año arriba a la centuria. El momento es propicio para la publicación y difusión de tan importante obra.

Durante los años que residió en Roma, en donde su consorte servía la representación diplomática de la República ante el Quirinal, estudió y aprendió el idioma del Dante; y a ella debemos una traducción del Elogio fúnebre que del historiador capuchino fray Rocco Cocchía, arzobispo de Chiete, Delegado de la Santa Sede ante las repúblicas de Haití, Venezuela y Santo Domingo, y en esta última Vicario Apostólico de la Arquidiócesis Metropolitana, hizo el Rvdmo. fray Bernardino de Milia, obispo de Larino, quien fue su Secretario y su sucesor en la representación diplomática indicada. Monseñor Cocchía, falleció en su sede archiepiscopal de Chiete el 20 de enero de 1900, tuvo participación importante en el providencial hallazgo del 10 de septiembre de 1877 de los restos del Gran Almirante en la Catedral de Santo Domingo, y se deben a su pluma dos notables obras relativas al singular descubrimiento, así como artículos y cartas en defensa de la autenticidad de dichos restos. El Panegírico se encuentra en un folleto de 23 páginas, impreso en 1901 en Larino. Su traducción data de enero de 1959.

La muerte de la prestante dama, aunque era esperada dada la enfermedad que en corto tiempo hizo estragos en su organismo, causó sorpresa; y la conducción de su cadáver al Cementerio Nacional de la avenida Máximo Gómez, después de solemnes exequias y de un responsorio rezado por Su Eminencia el Cardenal Beras, Arzobispo Metropolitano, tuvo un acompañamiento tan nutrido, y fueron tantas las ofrendas florales de familiares, amistades



y de instituciones culturales, entre las que se destacaba una corona enviada por el H. Señor Presidente de la República, que revistió las proporciones de una manifestación de duelo popular. Fue el 11 de enero de 1977.

Poco antes de morir, doña Silveria legó importante porción de sus bienes a la Fundación Rodríguez Demorizi, obra de ella y de su esposo.

Nunca nos acostumbramos a la realidad abrumadora de la muerte; y cuando ocurre la de una persona buena y querida, joyel de virtudes preciosísimas como lo fue doña Silveria, su tránsito deja huellas profundas y fúnebres crespones en el corazón de todos cuantos disfrutaron del privilegio enaltecedor de su amistad.

**Lic. Federico C. Alvarez
(1892—1976)**

El 25 de agosto de 1976, Año del Centenario de la Muerte del Padre de la Patria Juan Pablo Duarte, pasó a mejor vida en su residencia de la ciudad de Santiago de los Caballeros el licenciado don Federico Carlos Alvarez, Individuo de Número de la Academia Dominicana de la Historia y uno de los más connotados abogados del país.

Nació en la ciudad de San Fernando de Monte Cristy el 29 de abril de 1892, donde su padre desempeñaba el cargo de Administrador de la Aduana. Este lo era el general José de Jesús Alvarez Pérez, prestigioso ciudadano que militó en la vida pública ocupando importantes cargos, tales como el Ministerio de Hacienda y Comercio y la Gobernación Provincial de Santiago y su último servicio al Estado fue en 1929 cuando figuró entre los Plenipotenciarios que el 21 de enero firmaron el Tratado Fronterizo Domínicohaitiano. Era casado con la señora doña Mauricia Perelló y Rochet, también de antiguas familias de la Ciudad del Yaque.

Don Federico C. Alvarez residió siempre en Santiago, en cuya Escuela Normal se recibió de Maestro en 1909. Recién graduado entró a prestar servicios en la Instrucción Pública como Profesor en la Escuela Superior de Señoritas y en la Escuela Normal, fundando en unión de otros profesores la revista pedagógica *Minerva*, considerada una de las mejores de su índole en el país. De aquella época datan sus conferencias educacionales que fueron muy bien comentadas.



Inició sus estudios de Derecho en el Instituto Profesional de Santiago y los terminó en la Universidad de Santo Domingo, obteniendo el 8 de noviembre de 1915 el título de Licenciado en Derecho.

En 1915 entró a formar parte del profesorado del Instituto Profesional de Santiago, y en enero de 1942 fue nombrado Catedrático de la Universidad de Santo Domingo. Su paso por estos dos altos centros fue realmente breve, pero dejó en ellos una resplandeciente estela.

En donde alcanzó justa reputación fue en el ejercicio de la abogacía por su honradez profesional, por su fácil palabra y la solidez de su argumentación, siempre lógica, clara y precisa. Se le estimaba como uno de nuestros más doctos jurisconsultos.

Aunque no militó activamente en la política, pues nunca se apartó de su bufete, sirvió la Secretaría de la Legación de la República en los Estados Unidos en 1924. Ese mismo año ostentó la representación de Santiago a la Asamblea Nacional Constituyente, así como en la de 1927, de la cual fue Vice-Presidente; igual representación tuvo en las de 1934, 1942, 1955 y de 1959 que fue la última elección popular, pues ésta eliminó la rigidez en la Reforma del Pacto Fundamental. Estuvo, pues, seis veces como Constituyente en el Congreso Nacional. En 1936 ocupó por breve tiempo la Secretaría de Estado de Fomento y Obras Públicas. En 1928 formó parte de la Delegación de la República a la Sexta Conferencia Internacional Panamericana, que se reunió en la Habana, Cuba. Representó al Ayuntamiento de Santiago, que presidió repetidas veces, en la Conferencia Internacional de Municipios que se reunió en 1945 en San Juan de Puerto Rico, así como en una asamblea internacional que fue celebrada en Londres en 1946.

En 1957 fue escogido como Miembro Correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia y en 1970 fue elegido Miembro de Número, para cubrir la vacante producida por el fallecimiento de nuestro inolvidable compañero el ingeniero Emile de Boyrie Moya, siendo recibido en sesión solemne celebrada el 20 de septiembre del mencionado año. Su discurso de ingreso versó acerca de **La lucha del pueblo dominicano por la democracia**, inserto en el número 126 de **Clío**, y cuya contestación estuvo a cargo del compañero Lic. **Francisco Elpidio Beras**. A este mismo académico correspondió hacer el **panegírico**, a nombre de la Academia, en el Cementerio de Santiago en el sepelio, acto que por la enorme concurrencia revistió



las proporciones de una extraordinaria manifestación de duelo público.

Don Alonso Rodríguez Demorizi (1900–1976)

Con el fallecimiento de don Alonso Rodríguez Demorizi, ocurrido en su amada ciudad de Puerto Plata el día 26 de marzo de 1976, desaparece una de las figuras más prestantes de la intelectualidad dominicana. La Academia de la Historia lo designó el 27 de octubre de 1935 como uno de sus miembros Correspondientes. Fue esa la primera nominación para dar cumplimiento a sus Estatutos y por ello ostentaba el decanato de los individuos de esa categoría. La circunstancia de residir en la porteña villa que sombrea la legendaria montaña de Isabel de Torres, le sirvió de argumento para declinar su ascenso a Miembro Numerario que reiteradas veces le fue propuesto.

Entre nosotros fue de los primeros en estudiar seriamente los problemas económicos del país, pues era versado en esos achaques, pero sus trabajos no siempre fueron publicados en periódicos de circulación nacional, motivo por el cual muchas veces pasaban inadvertidos. Su empeño consistía en hacer luz con el propósito de desterrar las prácticas empíricas en la hacienda, en las finanzas, en la agricultura, en la industria, en la administración pública, prácticas tan lamentablemente arraigadas en nuestro medio.

Colaboró en varios periódicos y en algunas revistas, pero en donde más continuamente vertió el fruto de sus estudios fue en **El Porvenir**, semanario fundado el primero de enero de 1872 por la sociedad puertoplateña de **Amigos del País**. Este “Periódico de Ciencias, Literatura, Comercio, Agricultura y Bellas Artes” tenía como lema el “Amor al trabajo y a las letras, y horror a las armas, tal es el camino de la civilización”, que se leía debajo de su encabezamiento. Su primer director lo fue el señor Miguel F. de Arcila y su administrador el señor José Tomás Jimenes. Comenzó siendo una publicación quincenal y luego semanal, pero desde hace un buen número de años veía la luz cuando le placía a don Alonso. El señor de Arcila era cubano y de aquí se trasladó a Venezuela; en 1884 figuró en el selecto séquito que acompañó el traslado de los restos de Duarte desde el Cementerio de **Tierra de Jugo** a la iglesia parroquial de Santa Rosalía, en Caracas, en cuya fúnebre procesión



fue portadora del pabellón dominicano la muy estimable señora Mercedes Pérez de Arcila.

Como ciudadano y como periodista don Alonso fue abanderado del progreso, propulsor de ideas civilistas y se supo mantener siempre a honesta distancia de los regímenes de fuerza. Muy raras veces sirvió cargos públicos y cuando estuvo al frente de la Sindicatura Municipal sus actividades se estrellaron contra una realidad negativa, pues el medio social, si no hostil, en ocasiones le fue adverso. Su tesonera labor cultural en la **Sociedad Renovación** fue edificante.

Puede aseverarse que fue el pionero de los índices; hizo uno de la *Colección de Leyes*, sistematizado, que lamentablemente no alcanzó a ser publicado. Pero el más importante y más valioso de sus trabajos de ese género lo constituye el *Índice histórico de los principales textos de Historia de Santo Domingo*, de carácter onomástico, geográfico, etc., ejecutado con una sorprendente maestría. Comprende las obras de Delmonte y Tejada, García, Nouel, Gómez, Moya, Monción, Pichardo, Ashton . . . , con un caudal de datos extras que aumenta su extraordinario interés. De esta obra se conservan cinco copias mecanografiadas, hechas personalmente por su mismo pacientísimo autor, realmente un benedictino laico. Dejó inéditas varias obras.

Vio la primera luz en Yásica, propiedad rural de su familia, en la jurisdicción de Puerto Plata, el 6 de mayo de 1900, siendo sus padres don Félix Francisco Rodríguez Jiménez, escritor de sólida ilustración que ejerció la profesión de notario, acerca de la cual publicó muy estimables estudios en la **Revista Judicial**, y de su esposa doña Genoveva Demorizi de Rodríguez. Era hermano del Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Presidente de la Academia Dominicana de la Historia. En su sepelio, que resultó una verdadera manifestación de duelo, hizo el panegírico nuestro colega el doctor Julio G. Campillo Pérez.

